

RECENSIONES

WALTER LAQUEUR: *Europa después de Hitler*. Traducción de Agustín Gil, 3.^a ed. Ediciones Grijalbo, S. A., México, 1977, 506 pp.

Quienes seguimos con alguna aproximación el ritmo de aparición de las novedades editoriales podemos testimoniar que, efectivamente, tan sólo muy de tarde en tarde surge a la luz, en la disciplina de la política internacional, un libro que merece el calificativo de excepcional. Esto es lo que, aquí y ahora, nos acontece con la obra que debemos al profesor Walter Laqueur. Pocas veces el tema de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias más trascendentales ha sido estudiado con tanto rigor y minuciosidad y teniendo a la vista, prácticamente, casi todas las áreas en las que dejó su impronta el dramático acontecimiento, a saber: las relaciones internacionales, las tendencias económicas y sociales y el impacto, igualmente importante, originado en la escena cultural.

Comienza el autor destacando lo que supuso el día 7 de mayo de 1945. Aquel día, nos dice, hubo desfiles, risas y danzas en las calles de toda Europa, pero, justamente, a la mañana siguiente los europeos empezaron a calcular, a medir y examinar las consecuencias del conflicto. El balance era terrorífico, de gravedad, como para desesperar a cualquiera, incluidos quienes más animoso tuvieran el corazón.

Desde el siglo XVII no se había librado en Europa una contienda con tanta ferocidad, una lucha que produjese tantísimas destrucciones. La paz había vuelto, pero muchos estimaban, como el poeta al término de la Guerra de los Treinta Años, que se trataba del reposo de los cementerios. Era una paz que llegaba demasiado tarde. No fueron pocos los que temieron que Europa no renaciese ya jamás de sus cenizas. El continente nunca llegó a recobrase por completo del terrible baño de sangre que supuso la Primera Guerra Mundial con sus estragos, pero ahora, vistas las cosas bajo la nueva perspectiva, aquel conflicto parecía casi insignificante. Hubo ocho millones de víctimas en la Gran Guerra de 1914-1918; ahora, el recuento cuadruplicaba dicha cifra. Francia, con seiscientas veinte mil muertes, y la Gran Bretaña, con doscientas sesenta mil, habían sufrido menos que en la contienda inicial del siglo; pero las pérdidas en vidas humanas que se experimentaron entre 1939 y 1945 resultaban horrorosas en la Europa Central y del Este. Polonia perdió durante la Segunda Guerra Mundial más del 20 por 100 de su población total (incluidos los millones de judíos asesinados), y Yugoslavia, el 10 por 100. Las bajas soviéticas por diversos conceptos bélicos se estimaban, de momento, entre doce y veinte millones de personas,

RECENSIONES

y las de Alemania (sumando aquí los muertos entre la población civil), en más de cinco millones.

La verdad es que, según considera Walter Laqueur, Europa había perdido desde hacía muchísimo tiempo la confianza en sí misma. Antes de la Primera Guerra Mundial, el continente europeo era, sin disputa, el factor dominante en la política mundial: tenía los ejércitos más poderosos, y actuaba como banquero para todo el mundo. El 83 por 100 de las inversiones mundiales las hacían entonces tres grandes potencias europeas: Gran Bretaña, Francia y Alemania. Los Estados Unidos eran, incluso antes de la mencionada contienda, el primer país industrial del mundo, pero sus intereses en la política y el comercio, a escala planetaria, resultaban aún limitados. Había agitación, anhelos de revuelta; pero, vistas las cosas en conjunto, el dominio colonial europeo continuaba sin discusión. Antes de 1914, Londres, París y Berlín fueron los centros culturales del mundo entero, y pocos descubrimientos científicos de importancia se habían realizado fuera de Europa. El sentimiento general tendía al optimismo, incluso los que criticaban el orden social, eran conscientes de la mejora continua del mismo que iba teniendo efecto con el paso de los años.

La Primera Guerra Mundial terminó con todo esto; sus consecuencias, esto es, la crisis económica de la posguerra, la victoria del bolchevismo y la aparición del fascismo, contenían, en sí, las semillas de otro conflicto bélico. La posición norteamericana quedó inmensamente reforzada, y, eventualmente, también la rusa, pero ambas potencias se hallaban absorbidas casi totalmente por su problema de orden doméstico; sus ambiciones a escala mundial, y a la capacidad para satisfacerlas, resultaban limitadas entonces por cuanto toca a ambos países.

La Segunda Guerra Mundial trajo consigo un profundo cambio. El eclipse de las potencias del Eje, la ocupación militar de Alemania y de Italia, terminaron con los sueños de dominio del planeta albergados por los dirigentes germano-italianos. Pero sucede que tanto la Gran Bretaña como Francia habían quedado debilitadas en grado casi idéntico al de los vencidos. Para sobrevivir, Inglaterra hubo de vender alrededor de la tercera parte de sus activos en el exterior. Al final de la contienda sus ingresos anuales procedentes de inversiones en países foráneos eran menos de la mitad de los de antes de la lucha. Su flota mercante oscilaba alrededor de las tres cuartas partes del tonelaje previo al conflicto, y apenas el 2 por 100 de la industria británica estaba ahora produciendo para la exportación. A fin de ganar la guerra, la Gran Bretaña hubo de endurecerse en sumo grado, y su moneda se resentía de tales condiciones financieras. Aun siendo vencedora, la Gran Bretaña de 1945 era tan pobre como la mayoría de las naciones europeas, y su pueblo ciertamente no estaba mejor alimentado que los otros. Puesto que su economía dependía en dos terceras partes de alimentos importados, y otro tanto en cuanto a las materias primas, y en vista de que los ingleses no eran capaces, por aquella época, de pagar lo que importaban, sus perspectivas nacionales eran en verdad deprimentes. Ni siquiera los controles y racionamientos más estrictos, que permanecieron en vigor por años y años, una vez acabada la guerra, parecían ser de gran ayuda para el país, vistas las cosas con perspectiva de un largo período de tiempo.

La primera consecuencia del dramático acontecimiento, luego de la difícil situación que queda reseñada, cristalizó en lo que el autor de las páginas

RECENSIONES

que inspiran el presente comentario crítico llama «el nuevo mapa político». En efecto, el nuevo mapa político de Europa, o, para ser precisos, de la Europa central y oriental, había cambiado radicalmente. Varios países desaparecieron, y, en cambio, otros que habían dejado de existir (caso de Polonia, Austria y Yugoslavia) reaparecían de nuevo. Las máximas ganancias territoriales las realizó, con mucho, la Unión Soviética. La URSS volvió a ocupar tres Estados del Báltico (Lituania, Letonia y Estonia) de los que se había apoderado por primera vez en 1940. Se anexionó la mayor parte de la Prusia Oriental; arrebató a Finlandia el distrito de Pétsamo y parte del istmo de Carelia; tomó la zona subcarpática de Checoslovaquia, y, de Rumania, se quedó con Berasabia y partes de la Bucovina.

Puede decirse, pues, a la vista de las circunstancias históricas que analiza el profesor Walter Laqueur que, efectivamente, se produjeron gravísimos contrastes en la fisonomía espiritual y geográfica de Europa. Hubo una gran diferencia entre la forma de quedar nuevamente distribuido el mapa de Europa conforme al tratado de paz que se firmó en 1919, y su redistribución, después de la Segunda Guerra Mundial. En 1919 se produjeron buena cantidad de altercados diplomáticos por causa de cuestiones territoriales, fronteras lingüísticas y raciales, etc. Se hizo entonces un gran esfuerzo para conocer los deseos de las poblaciones directamente afectadas, aun cuando, desde luego, a fin de cuentas no pocas de las decisiones tomadas resultaban claramente injustas, y constituían una violación del cacareado principio de autodeterminación.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, en cambio, las consideraciones de tipo étnico contaron escasamente. Nadie se molestó en averiguar cuáles fuesen los deseos de las poblaciones locales afectadas. La consideración que primaba ahí sobre otra cualquiera era la del mantenimiento del equilibrio del poder en las relaciones Este-Oeste. Una vez que estuvo claro cómo la Unión Soviética sería el país con influencia decisiva en toda la Europa oriental, importaba poco, al mundo en general, si la frontera entre Polonia y Checoslovaquia, o entre Hungría y Rumania, seguía un trazado basado en lo étnico o en otro criterio cualquiera. Por lo común, además, la propia Unión Soviética se encargó de que tales disputas o conflictos se solucionaran rápidamente. Esto no quiere decir que todo arreglo de las disputas territoriales, no basado en puras consideraciones étnicas, resultara necesariamente injusto o cínico.

La verdad, a nuestro juicio, es que la Segunda Guerra Mundial dio lugar al renacimiento y al imperio de los movimientos de izquierdas. Según el profesor Walter Laqueur, los acontecimientos políticos a todo lo largo y lo ancho de la Europa Occidental siguieron determinados modelos comunes. Inmediatamente después de terminar la guerra hubo una notoria tendencia hacia la izquierda por doquier. En Francia e Italia los comunistas obtuvieron más votos que nunca, y, por primera vez, estuvieron representados en el seno de los respectivos gobiernos. También ocurrió en 1945 la subida al poder del Partido Laborista, quien obtuvo el mando en uno de los máximos desplazamientos de voto del electorado británico en toda su historia.

Hubo, pues, comunistas en los primeros gobiernos de la posguerra en Bélgica, Dinamarca y la mayoría de los *Länder* de Alemania. En Noruega,

RECENSIONES

la fusión entre el Partido Comunista y el Laboralista quedó en discusión, pero al cabo la idea fue abandonada.

Por todas partes la institución monárquica, como tal, se encontraba en un difícil momento. En Italia, luego de un referéndum, hubo de desaparecer: en Grecia y Bélgica sobrevivió por poco, pero solamente tras concesiones que hubo que hacer para hacerla más agradable al pueblo. El ala derecha del mundillo político estaba en retirada por todas partes. La extrema derecha se había visto comprometida por su colaboración con el nazismo, y también los conservadores moderados se veían ahora identificados con el viejo orden, derrotado, y al que pocos deseaban ver restaurado. En vista de la situación económica había pocas oportunidades para los que tradicionalmente abogaban por el liberalismo tipo *laissez-faire*; en cambio la planificación, y la demanda de abundantes nacionalizaciones, contaban con poderoso apoyo. Hubo presiones considerables en pro de reformas. En Italia era el famoso *vento del nord*, pues la parte norteña del país fue el escenario de la mayoría de las luchas entre fascistas y antifascistas hacia el final de la contienda.

Eso sí, dicho talante político no duró mucho. Al cabo de dos o tres años los partidos del centro habían establecido, en el continente, su dominio, y los comunistas se hallaban de nuevo en la oposición. También en la Gran Bretaña el laborismo fue expulsado del poder en 1951. En parte eso era resultado de la estabilización de unas condiciones generales, y de la mejora económica experimentada por todas partes. De otro lado, los comunistas no siempre supieron jugar bien los triunfos de que disponían. En Bélgica (y también en Grecia, aunque en escala mucho mayor) habían lanzado un ataque frontal contra el gobierno inmediatamente después de terminada la guerra, y fracasaron. Las relaciones internacionales ejercían ahora un impacto considerable; a medida que la guerra fría se desarrollaba, y que la era stalinista alcanzaba su culminación, los comunistas europeos tuvieron que proseguir una política extrema que les dejaron casi enteramente aislados. Pero tal ruptura no cabía preverla ampliamente en 1945, y hemos de dirigirnos, para examinarla bien, hacia el estudio global del período de la inmediata posguerra.

De todas formas, como perfectamente subraya el profesor Walter Laqueur, estudiando muy de cerca la política internacional de la época a la que nos venimos refiriendo nos encontramos con lo que podríamos considerar como un hecho paradójico, a saber: el refugio en la intimidad de cada una de las naciones principales de Europa. Los visitantes de la Europa del comienzo de la posguerra quedaban profundamente impresionados por el hecho de que, inmediatamente de acabar el conflicto, las diversas naciones, grandes o pequeñas, se metieron en sus conchas, como suele decirse, y a continuación, en todas ellas, los asuntos domésticos alcanzaron la precedencia sobre la política exterior. Esto parecía un anacronismo, pues, ¿cómo iban a poder, tan separadas y pequeñas unidades nacionales, sobrevivir en el mundo de la posguerra? Claro es que para tal actitud había, desde luego, razones históricas bien conocidas. La nación-estado, en tanto que «Europa» suponía un concepto vago para todos, excepto para un puñado de estadistas e intelectuales. Y sin embargo, los observadores agudos, perceptivos, sentían también que había un movimiento en dirección opuesta: hacia el reconocimiento de unos intereses políticos comunes, la comprensión de que la recuperación

RECENSIONES

económica europea tendría éxito sólo si se basaba en la estrecha y mutua cooperación, etc.

Naturalmente, hay, en estas páginas, una evocación profunda y objetiva en torno de los más importantes cambios de carácter social experimentados por Europa. Cambios que, ciertamente, han afectado a casi todos los aspectos de la vida social europea desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El autor especifica que los objetivos sociales en Europa, a partir de la Segunda Guerra Mundial, diferían radicalmente de los fijados por Norteamérica. Ha habido en el viejo continente menos miseria pública en medio de una prosperidad y riqueza menores también que la norteamericana. El Estado benefactor ha suavizado las divisiones de clase en la sociedad europea, pero no las ha podido eliminar. De momento sólo ha conseguido una moderna, aunque modesta, redistribución de las rentas personales. Los servicios de la seguridad social han traído consigo una igualdad social y económica más pronunciadas. Europa, la Europa de después de Hitler—como le gusta subrayar al autor de estas páginas—, ha ido avanzando con dignidad y sin excesiva humillación al saber que, afortunada o lamentablemente, ya no manda en el mundo. Piénsese que, en todo caso, no han sido escasos los problemas que, desde 1945, han tenido que resolver la mayor parte de los gobiernos de las naciones europeas: la transición de la guerra a la paz, la purga de los colaboracionistas en los países ocupados por el Eje, la reintroducción de las instituciones democráticas, el desafío del comunismo y la reconstrucción de la economía nacional. De todo esto, con autoridad y prudencia—dos condiciones que difícilmente caminan juntas—, se nos habla en este importante libro.

José MARÍA NIN DE CARDONA

ALAIN PEYREFITTE: *Le mal français*. Plon, París, 1977, xv-527 pp.

Todos los países tienen ministros y tienen escritores, esto es inevitable. Algunas veces ambas categorías coinciden en la misma persona. En este caso, casi nunca el escritor está a la altura del político o viceversa. Peyrefitte sí lo ha logrado: ni el escritor ha disminuido al político ni al revés tampoco. Diríase que en Francia este hombre es ya toda una institución. Sus numerosos títulos lo avalan. Sin embargo, su última y masiva obra, tratando del «mal francés», lo han elevado a los ojos de cualquier francés, como pueden atestiguar las críticas de que ha sido objeto.

Vaya por adelantado decir que yo no quisiera para España más «mal» que el de Francia. Contrastando sistemáticamente teoría y práctica, descendiendo constantemente de la categoría a la anécdota, o remontando de ésta a aquélla, envolviéndonos en la marcha de la historia en general para contrastárenos a un determinado nivel en particular, el autor hace vivir y gozar el fenómeno de Francia como historia y como política, como realidad y como posibilidad.

Comparada con otros países, Francia tiene un portento de historia; pero contrastando con otros éxitos, no pocos de sus aspectos dejan que desear. *El mal francés* no será una denigración; menos, una glorificación. Será por encima de todo una crítica cuidada, inteligente, excitante. Se remonta al

RECENSIONES

siglo xv, e incluso antes, para ofrecernos una serie de citas del momento de ilustres personajes, políticos o no, hasta llegar a De Gaulle, donde se deja constancia de lo que nosotros diríamos una Francia como problema o como preocupación. Los franceses hablan directamente de «mal».

Peyrefitte hace gala de un extraordinario sentido crítico, lógico y pedagógico, hasta el punto que no pocos historiadores, o que pasan por tales, se verían en muy mala posición de réplica si sus alumnos les formularan ciertas preguntas y, a la luz de la respuesta obtenida, hicieran otras que, sin embargo, no podrían responderse con la misma lógica a pesar de ser similares. Peyrefitte constantemente opera así. El mejor método salta constantemente a la vista: contrastando experiencias similares de otros países. ¿Por qué las mismas causas dan consecuencias distintas y aun opuestas? Con ello algunos que pretenden indagar mecanismos profundos de la historia para hacerla inteligible, no han pasado de unos simples arañazos epidérmicos en la búsqueda de los porqués.

Si Ortega pudo decir de nosotros que Castilla había hecho España y también Castilla la había deshecho, Francia es una creación del Estado, dice el autor, pero también el Estado la ha paralizado, si bien este Estado no siempre ha sido omnimodo. Pasar del autoritarismo rígido a la disolución o fluidez política ha sido la norma, sin encontrarse, como algunos países, un término medio. Lo mismo vale para la dialéctica unitarismo rígido y regionalización a ultranza. No se ha sabido proceder a una descentralización que no implique «desadministración».

Poniendo a Francia como país católico en el siglo de la Reforma que fue el xvi, indica que se evitó la Inquisición en él sin dejar de ser católico porque la Iglesia no tuvo el poder que en otros, y porque el cansancio que culminó en el «París bien vale una misa», de Enrique IV, significó el triunfo de un posibilismo, al menos de momento. Por lo mismo, la reforma de verdad, sin ruptura, en la Iglesia, la supondría Erasmo, y Lutero y los demás significaron la ruptura, es decir, la revolución. Y como toda revolución, la contrarrevolución surgió de inmediato: la Contrarreforma católica.

Esto a su vez nos explica otras cosas. Por ejemplo, el debatido problema de qué fue primero, el huevo o la gallina, en este caso de los orígenes del capitalismo en las versiones de Marx o de Weber. Muestra Peyrefitte fehacientemente cómo el resorte es cultural. La Reforma se imponía en los países económicamente más atrasados en la época; al poco comenzaban a ser los primeros en innovaciones que hicieron posible que se pusieran en cabeza. La Iglesia, con la racha de prohibiciones y excomuniones que prodigó al enfrentarse con el protestantismo, subdesarrolló una serie de posibilidades de todo orden. Tanto, que habrá que decir que el fenómeno que importa no es el crecimiento del orden protestante en tantos dominios como la incapacidad de hacerlo de los países católicos, sobre todo donde la rigidez ortodoxa se impuso, interpretación que es muy aceptable. Francia no cayó en el campo de la ortodoxia a ultranza, pero tampoco se enfrascó en el de las demás posibilidades.

Se dirá que muchas de las nuevas sectas religiosas eran más fanáticas en diversos importantes puntos que lo era el catolicismo. Es verdad, apunta el autor, pero también lo es que podía elegirse entre diversos fanatismos.

RECENSIONES

El resorte no sería de ética protestante sin más (especialmente luterana), ni siquiera calvinista, sino desviaciones de éste, como se dieron, por ejemplo, en Holanda: las doctrinas de Socinius y Arminio. Sea lo que fuera, un Galileo que escapó por los pelos de la hoguera por una cuestión científica, no comprendería que unas generaciones antes, el papa de turno, felicitara a Copérnico por haber sentado la postura revolucionaria inicial. Tales eran los cambios de la época, y en los que Francia quedó a medio camino.

Valgan estas líneas para demostrar los niveles en los que Peyrefitte opera en un libro inteligente, pero de divulgación al propio tiempo.

En nuestro siglo será el partido comunista (francés) quien opera al estilo de la vieja Iglesia católica, operando como sustituto y como «imagen invertida»: «organización supranacional, universal, dogmática, disciplinada. El ejército sufre la tentación de la interpretación política (*pronunciamento*)».

En Peyrefitte, y siempre dentro de su lógica de la antítesis o del paralelismo, irrumpe por donde menos cabe esperar. ¿El latín está en retirada en la enseñanza? Pues bien, las matemáticas modernas pasan a sustituirlo, que resbalarán y jamás servirán de nada a la gran mayoría de los franceses, exceptuada una «élite quintaesenciada». «Así, las matemáticas llamadas modernas son la reencarnación del eterno tema del latín.»

El régimen gaullista, del que ha sido tantas veces ministro, es igualmente objeto de crítica por sus bandazos entre interpretaciones presidencialistas y gubernamentales. Las «dos Francias» nos suena a un extraño sonsonete. De hecho, el libro de Pyerefitte hace más que abordar el «mal francés», ya que mucho de tal mal no sólo es francés. Se ha dicho que quien sólo conoce la historia de su país, no conoce la historia de su país. Este es el caso de este libro: para hacer asequible su argumentación a la masa de los franceses, ha tenido que presentarle historia envuelta y condimentada con otras historias. Esto hace desbordar el mero marco francés. Para un lector español, el libro le será de gran utilidad, y le hará comprender la magnitud del *mal español*, y lo logrará de una manera clara y tajante en múltiples aspectos, por poco que su nivel de información sea operativo. Y con la ventaja de evitar el cúmulo de divagaciones a que la generación del 98 nos acostumbró. ¿Tendremos traducción al español? No me atrevo a decir si alguien, con altura de miras y sin trucos habituales, se lanzará a una aventura similar para nuestro país. Valdría la pena.

TOMÁS MESTRE

J. W. FORRESTER, D. L. MEADOWS y otros: *Lecturas sobre dinámica de sistemas*. Presentación por R. Calle Saiz. Introducción a la dinámica de sistemas por Javier Aracil (Subsecretaría de Planificación, Presidencia del Gobierno), Madrid, 1977, 266 pp.

La especialización profesional, científica y tecnológica del mundo contemporáneo, fomentada por investigaciones analíticas que han dado tantos perfeccionamientos e inventos en beneficio de la humanidad, también está

RECENSIONES

causando la pérdida del sentido de totalidad que va unido al ser hombre y de sus comunidades, dejándonos huérfanos del pensar y del decidir sobre las conductas humanas y societarias que, desde las ciudades al mundo entero, requieren del concepto de globalidad, en su ser y en su devenir; imprescindible hoy para conducirse eficientemente en medio de la complejidad de las interacciones de las sociedades industrializadas y ante la necesidad de captar, predecir y dictaminar sobre las consecuencias de los rápidos y profundos cambios, de cuyo futuro el reciente campo de la dinámica de los sistemas es, por ahora, la técnica más adecuada para conocerla.

El catedrático de la Universidad de Sevilla introduce al lector culto en esta nueva y ya fecunda técnica de investigaciones interdisciplinarias globales. Nos lleva de la mano de su metodología, relaciona la cibernética con la dinámica de sistemas, examina las adecuaciones de modelos mentales y formales, así como la utilidad de los procesos de simulación, todo ello teniendo en cuenta las características de los sistemas sociales y las predicciones de comportamientos para toma de decisiones con amplia aportación y ejemplos (por ejemplo, sobre urbanismo) de construcción de modelos económicos, añadiendo una seleccionada y a la vez amplia bibliografía, cubriendo su reveladora y valiosa aportación 50 páginas del útil libro.

Al profesor Aracil se debe haber conseguido la publicación de ocho textos de científicos eminentes en la materia. Los escritos seleccionados son recientes, salvo el de Forrester, que es de 1964; los demás, del 1971 al 1975. *Dennis Gabor* discurre sobre las nuevas responsabilidades de la ciencia; *Gordon S. Brown*, sobre la ingeniería y el *software social* que engloban la utilización de computadores con variables influyentes en los cambios de conductas sociales; *Jay W. Forrester*, el autor básico en la materia, a cuya obra se califica de cibernética de Forrester, aporta tres escritos: bases comunes de ingeniería y de gestión de empresas; sistemas para la planificación urbana, y comportamiento antiintuitivo de los sistemas sociales, en el cual explica su gran aportación de base, de su obra *World Dynamics*, y explica con amplitud comprensiva el modelo elaborado en su Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), desarrollado para el proyecto de advertencia a la Humanidad, auspiciado por el Club de Roma y publicado en 1972 con el título *The Limits to Growth*¹, bajo la dirección del profesor Dennis Meadows; *William W. Behrens* (coautor de *Los límites del crecimiento*) explica el modelo dinámico de utilización de recursos² y su comportamiento, mostrando cómo un modelo de simulación puede ofrecer la comprensión necesaria para políticas a largo plazo, hoy tan urgente, ante su evidente agotamiento. La dinámica del mundo, mostrando que los comportamientos con variables y fenómenos de recurrencia social, pueden ofrecer esperanzas para el futuro, es tratado por los componentes del laboratorio Shell, de Amsterdam: Orleans, Tellings y De Vries, basándose en las obras de Forrester.

¹ MEADOWS, DONELLA H. y DENNIS L.; RANDESB, JORGEN; BEHRENS, WILLIAM W.: *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento (o condición futura) de la Humanidad*. Versión en castellano por M. Soledad Loaeza de Graue, rev. por Víctor L. Urquidí. México (FCE), 1972, 250 pp. (Libro tan sorprendente silenciado en España).

² Creemos que quien primero demostró que en un mundo finito ningún recurso puede consumirse indefinidamente fue el geofísico M. KING HUBBERT. Cf. nuestro estudio: «El economista ante el problema de la población». *Anales de Economía*, 2.º ep., núm. 13, Madrid, 1966, pp. 47-61.

RECENSIONES

Cierran el sustancioso y compendiado libro unas páginas del profesor *Dennis Meadows* (de cuyos métodos y especialmente de su decisiva sistemática predictiva del mundo, en *Los límites del crecimiento*, ya se han ocupado ampliamente los demás autores de la obra). Su texto final vierte su experiencia en modelos dinámicos, con recomendaciones puntualizadas sobre métodos de predicción social para programas de política conductivista hacia metas de acomodación societaria a las detectadas posibilidades futuras.

Hemos de agradecer a la Subsecretaría de Planificación de la Presidencia del Gobierno esta obra reveladora de las técnicas necesarias para el conocimiento y la predicción por la dinámica de sistemas, en un mundo cuyos elementos se interaccionan en recurrencias (*feed-backs*) múltiples e interrelacionadas.

R. PERPIÑA

ALBERT TÉVOÉDJRÉ: *La pauvreté, richesse des peuples*. París, Éditions Économie et Humanisme, Les Éditions Ouvrières, 1978, 208 pp.

Tema de acuciante actualidad es el de la llamada *democratización de las relaciones internacionales*. Y, dentro de ella, ocupa lugar clave el llamado *nuevo orden económico internacional*.

Pues bien, algunas de las grandes cuestiones —premisas— implicadas en ese nuevo orden se abordan en el libro que reseñamos aquí.

Ahora bien, advirtamos que el fin de esta obra no es analizar las formas y la naturaleza de las nuevas relaciones internacionales para permitir la instauración del nuevo orden económico internacional. Se trata de una reflexión filosófica sobre los distintos aspectos del desarrollo, llevada a cabo —de un lado— por un autor de cultura africana auténtica, pero profundamente marcado también por la cultura occidental —la francesa en particular—, y —de otro lado— conocedor de la realidad de la dinámica internacional, en tanto que ex secretario general de la Unión Africana y Malgache y director del Instituto Internacional de Estudios Sociales de Ginebra.

* * *

La tesis de este libro es la siguiente: en un mundo de artificial consumismo y de inconsciente despilfarro, «*la pobreza puede constituir una riqueza para los pueblos*».

Y, a este respecto, es de recordar que dicha tesis no es algo extemporáneo. Nótese cómo, en 1959, L. J. Lebreton —en *Pour une civilisation solidaire*— defendía la *frugalidad* como «un valor que puede dar a los pueblos menos ricos una superioridad sobre los pueblos preocupados ante todo por facilidades y confort». Parejamente, es de tener presente la siguiente estimación de Enrico Berlinguer: «La *austeridad* no es hoy un simple instrumento de política coyuntural encaminado a superar dificultades económicas transitorias para permitir... el restablecimiento de los viejos mecanismos económicos y sociales... Para nosotros, la austeridad es el medio para atacar en su raíz un sistema que ha entrado en una crisis estructural y para poner las bases de su *dépassement*».

RECENSIONES

Pues bien, en esta línea, el capítulo primero del volumen reseñado va dirigido a *deshonrar el dinero*, abordándose los males de la civilización industrial, la carrera de armamentos, etc.

El segundo capítulo se ocupa de la *sinrazón del mimetismo*: la nefasta imitación de las sociedades industriales occidentales por las sociedades del tercer mundo. En este apartado se habla de cosas que van desde el despilfarro a la urbanización destructora, pasando por la marginalización del campesino.

Ante todo esto, lógica es la idea de A. Tévoédjrè: *reinventar la economía*. Es la materia del tercer capítulo. Con una particularidad: haciéndolo desde lo real. Privilegiar lo real.

Y, en tal cuadro, nos encontramos con la crucial llamada de atención: A ello se consagra un capítulo. En él, tenemos la filosofía del *contradesarrollo* (pp. 109 y ss.).

* * *

Resumiendo, tenemos que, en toda esta inmensa problemática, el autor plantea una serie de alternativas:

a) Rechazo de una acumulación material movida por la carrera al beneficio máximo y estimulada por el deseo del «siempre más», y afirmación de un bienestar basado en el dominio de las necesidades, integrando todos los valores de cultura.

b) Rechazo de una «burocracia de Estado» centralizada (*vid.* p. 138)—a veces arbitraria, siempre rigurosa—, de un «Leviathan cínico y frío» (cf. página 138). Y afirmación de una «República cooperativa», que englobe la libertad del espíritu y la disciplina social, y donde la solidaridad y la pobreza se convierten en fuente de apertura personal y de enriquecimiento colectivo...

En suma, posición en pro de «un *Estado transparente* a la escucha del pueblo» (cons. pp. 115 y ss.), y, consecuentemente, extirpación de la corrupción y de la tiranía (pp. 134 y ss.).

Y, en este orden de cosas, es de indicar que, a juicio de A. Tévoédjrè, la única opción de sentido común es el sistema de la «self-reliance» (cf. pp. 132-133). Insertándose, a este respecto, un texto significativo: «La fuente del desarrollo *no es el dinero, sino el pueblo*. El dinero, las riquezas que él representa son la consecuencia, y no el fundamento, del desarrollo. Los cuatro fundamentos del desarrollo son: el pueblo, la tierra, una justa política y un buen Gobierno» (*vid.* p. 133). Y este otro texto, no menos significativo: «*no hay revolución sin moral*».

c) Rechazo de una *división* internacional del trabajo, y afirmación de la autonomía creadora de los pueblos en un *cambio internacional reequilibrado*. Con este otro elemento: rechazo de las transferencias *miméticas* de tecnología, y afirmación de cambios *armoniosos* respetando la capacidad autónoma de cada país.

* * *

La expresión final de todo eso es la proposición de un *contrato de solidaridad*: objeto del último capítulo, el quinto.

RECENSIONES

Esencialmente, esto: entre «*la desesperación fatalista*» y «*el optimismo inconsciente*», podemos asumir «*el desafío constructivo de la solidaridad*» (vid. pp. 185-186).

* * *

Señalemos que el volumen reseñado presenta anexos (pp. 191-195). Por ejemplo, una clasificación de los Estados según su nivel de renta por habitante. Asimismo, una Nota bibliográfica (pp. 197-199) y un Índice de nombres citados en el texto (pp. 201-204).

Finalmente, consignemos que este libro lleva un prólogo de Jan Tinbergen y un prefacio de Dom Helder Cámara.

• • •

Y, en conclusión, digamos que estamos ante una denuncia de *la cultura de la opulencia*, característica del modo de existencia de un gran número de occidentales, pero también de «los notables autóctonos» de las antiguas Colonias (cons. p. 57).

En resumen, alegato en pro de *la simplicidad de vida*. Y, con ello, intento de definir—en los terrenos económico, socio-cultural y político—nuevas orientaciones para un verdadero proyecto de sociedad a la escala de un verdadero orden internacional humano.

Las dudas—y muchas—surgen cuando se contempla el abrumador clima de *deshumanización*—en todos los órdenes y en todos los escalones—que circunda al ser humano.

LEANDRO RUBIO GARCIA

KAISER, KARL y LINDEMANN, BEATE (Ed.): *Kernenergie und internationale Politik*. München-Wien, 1975, R. Oldenbourg Verlag, tomo 37 de los Escritos del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana para la Política Exterior, Bonn, 477 pp.

Resulta que mientras en los años cincuenta y sesenta la energía nuclear era asunto conflictivo en relación, más o menos, con fines bélicos, en la década setenta ya lo es también en cuanto a su uso pacífico. Debido a la crisis petrolífera, el mundo empezaría a preocuparse seriamente por el uso de la energía nuclear con fines pacíficos. La idea en sí engendra gran realismo y hasta algo más. Solamente si el uso de la misma pudiera convertirse en abuso la cuestión cambia radicalmente de planteamiento, de estudio y de conclusiones. Hasta para abrir y construir canales es posible hacer uso de cuerpos explosivos nucleares pero siempre bajo control internacional. A no ser así cualquier país podría sustituir un canal en beneficio de algunos países por un arma nuclear contra los mismos.

La verdad es que, desde que estalló la primera bomba atómica en 1945, el mundo está preocupado. Existe toda una serie de organismos internacionales que se ocupan del problema desde todos los ángulos posibles. Aquí está la propia ONU, el EURATOM, la Organización Internacional de Energía

RECENSIONES

Nuclear, la Agencia Nuclear de la OECD u OPANAL (en Iberoamérica). Todos esos organismos, organizaciones y entidades están conscientes del peligro que emana de la existencia del átomo en función de su potencial, tanto destructivo como constructivo. Sólo la simple radiación puede causar enormes daños.

Existe, a todos los niveles, una colaboración internacional de ayuda, contraprestación y prohibición. No faltan convenios y otros esfuerzos de índole humanitaria, hecho que prueba la existencia de una angustia hasta desmesurada ante un posible fracaso—de parte de un bando u otro—. De repente nadie quiere morir «nuclearizado». Hasta el momento, este miedo es el mejor medio para asegurar la paz internacional. Y todo depende, en primer lugar, de la predisposición de los representantes de los principales Estados nucleares que operan en diferentes organizaciones internacionales de esta clase, si se logra o no un compromiso real y eficaz.

Por otro lado, algunas de estas organizaciones sumamente especializadas en la materia, no encuentran eco entre los poseedores del misterio nuclear. Como ejemplo se indica la explosión hindú del 18 de mayo de 1974. Tampoco son eficaces las medidas resultantes de la cooperación intergubernamental, ya que si hay predisposición por un lado, subsiste la amenaza por otro. La ONU no llega hasta la conciencia de los respectivos países que están en posesión del uso del átomo. Quizá, se intuye, un «sistema mixto» conseguiría mejores resultados, ya que los intereses nacionales pasan a través de la colaboración intergubernamental, a pesar de todo. Esta colaboración se extendería en una u otra forma, por muy reducida que fuere, incluso a organizaciones verdaderamente internacionales. En cierto sentido se trata de una especie de reciprocidad en cuanto a la concienciación de la humanidad.

Parece que era más fácil descubrir la esencia nuclear que controlar sus efectos. Obra de varios autores especializados en esta cuestión, ofrece una vista de la realidad que es la era nuclear, en pro o en contra del hombre. Empezando por la destrucción—o protección—del medio ambiente.

STEFAN GLEJDURA